

HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLASICAS
PONTIFICIA UNIVERSIDAD ECLESIASTICA.-SALAMANCA

AÑO II

OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1951

NÚM. 8

EL CRISTIANISMO Y LOS CLASICOS PAGANOS

UNA PERSECUCION ORIGINAL DE JULIANO EL APOSTATA

1. El tendón de Aquiles.

«Aquiles el de los pies ligeros» fué a recibir precisamente su herida mortal en el pie.

Paris, amaestrado por Apolo, le fué a asestar su flecha precisamente en lo que constituía su fortaleza.

«*Dardana qui Paridis directi tela manusque — Corpus in Aeacidae...* (En. v. 57).

Tú que dirigiste las flechas y las manos del dárdano Paris contra el cuerpo del Eácida»...

El golpe era bien certero. La saeta no fué mal dirigida... y Aquiles murió...

Eso quiso hacer Juliano con la Iglesia. El antiguo condiscípulo de S. Basilio y de S. Gregorio Nacianceno vió dónde radicaba la potencia de aquellos sus rivales y quiso acabar con ella.

«Los grandes literatos del s. iv, muchos de los cuales habían sido condiscípulos de Juliano en la Universidad de Atenas, y debían a la educación que habían recibido la variedad de sus conocimientos, la perfección de su estilo, la potencia de su actividad oratoria, no tendrían sucesores. El pensamiento cristiano quedaría encerrado

en la iglesia y estaría privado en adelante de los medios para irradiar sobre el mundo»¹.

Juliano el Apóstata concibe el plan de prohibir a los cristianos la formación humanística para «condenarlos a la inferioridad intelectual»².

2. Diez siglos de libertad de enseñanza.

La idea era atrevida. Cuatro siglos de Imperio y seis de República habían consagrado en Roma una tradición nunca interrumpida de libertad de enseñanza.

«La educación, dice Cicerón, no está ni regulada por las leyes, ni es pública, ni común, ni uniforme para todos»³.

Nullam certam aut destinatam legibus aut publice expositam aut unam omnium esse voluerunt.»

«Verdadera para su tiempo, la frase que hemos citado de Cicerón seguirá verdadera para los tiempos siguientes. A pesar de sus accesos de despotismo, de los celos de los emperadores por todo lo que tocaba a su autoridad, de la facilidad con que imaginaban complots y atenuaban la libertad de pensamiento por acusaciones de lesa majestad: el Imperio mismo no pretendió poner la mano en la enseñanza. Cuando se creyó llamado a organizar, de una manera todavía muy discreta, una educación pública, se guardó bien de hacerla «uniforme» con reglamentos, y mucho menos sacrificarle la educación privada. Esta quedará libre en todos los grados y bajo todas las formas. El estado romano, que legislaba sobre todo, no tuvo la idea de hacer entrar en el círculo de su legislación este dominio reservado. Aun cuando se mostró menos liberal respetó esta libertad»⁴.

Ni el paganismo en sus horas de triunfo anticristiano en la época de las persecuciones intentó apagar la llama del saber en manos de los cristianos, ni el catolicismo apoderado del trono con Cons-

¹. Paul Allard, Julien l' Apostat. París, Gabalda 1910 T. II. p. 364.

² Ib. 363.

³ De Rep. IV, 3.

⁴ Ib. p. 343.

tantino pretendió tampoco restringir en perjuicio de los paganos la libertad de enseñanza. Más bien los defiende. El *Código Teodosiano* contiene una ley dada por Constantino el 321 que castiga muy severamente a todo el que injurie o moleste a los médicos, gramáticos o profesores ⁵. Su eminente comentarista Godefroy supone que Constantino quiere protegerles contra el mal humor de los habitantes que en algunas ciudades, —sobre todo en Oriente donde el Cristianismo había llegado a dominar— miraba con no muy buenos ojos a esta clase de hombres, compuesta casi en todas partes de paganos obstinados.

«Bajo los primeros emperadores cristianos, -dice M. de Rossi-, los profesores del arte oratorio estaban muy aferrados al paganismo, cuya brillante literatura enseñaban. Cuando el retórico Mario Victorino, hacia mediados del siglo cuarto, se presentó en la iglesia cristiana y subió al púlpito como debían los catecúmenos —para recitar el símbolo de la fe y hacer profesión de cristianismo—, los fieles no podían creer lo que oían y veían. Tan grande era su admiración y alegría a la vista de una conversión tan rara y de un valor que parecía heroico. Los más influyentes de la nobleza y del senado romano, partidarios ellos mismos apasionados del paganismo, conservaban con gran cuidado la enseñanza en las cátedras de los retóricos paganos. Esto duró hasta el siglo cuarto» ⁶.

3. Juliano el primer impugnador.

Juliano es el primero que se atreve a romper con esta tradición de 10 siglos. El odio a la religión de que ha renegado le arrastra a ello.

Ha visto que con persecuciones sangrientas no se consigue más que robustecerla. Hay que cambiar de táctica y perseguirla de otra manera.

«Ya esperaban los cristianos que iba a descargar contra ellos una persecución peor que las anteriores. Pero Juliano reconoció que una persecución a nada conducía: las enfermedades exteriores se pueden

⁵ Código Teodosiano, XIII, III, 1.

⁶ Bulletino di archeología cristiana, 1863, p. 19.

curar con medios externos, pero no una falsa opinión acerca de los dioses. Antes bien, si la mano sacrifica forzada, el ánimo reprende a la mano y acusa la debilidad del cuerpo, y persevera en lo que una vez había adorado. También entendió que por las persecuciones el cristianismo no había hecho sino ganar, y por eso desistió de perseguir»⁷.

Así escribía el gentil Libanio, íntimo y colaborador de Juliano.

«He resuelto—decía el emperador aparentando una hipócrita tolerancia—he resuelto emplear dulzura y humanidad hacia todos los galileos; prohibo que se recurra a ninguna violencia y que nadie sea arrastrado a un templo o forzado a cometer cualquiera otra acción contraria a su voluntad»⁸.

Y en otra carta: «Por la razón es preciso convencer e instruir, no por los golpes, los ultrajes y los suplicios. Conmino pues, ahora y siempre, a los que tienen el celo de la verdadera religión, a que no cometan ninguna injusticia con la secta de los galileos, a no permitirse con ellos, ni llegar a vías de hecho ni cometer violencias. Hay que tener más compasión que odio, hacia esas personas bastante desgraciadas para engañarse en cosas tan importantes»⁹.

Bajo esta aparente tolerancia sólo se ocultaba un espíritu taimado. «No quiero, dice, maltratar a los galileos, ni permitir que se les maltrate, digo solamente que deben preferirse los hombres que respeten a los dioses, y ésto en toda circunstancia»¹⁰.

...at quoniam concurrere comminus hosti

*Non datur, occulta nec opinum perde sagitta*¹¹. Ya que no puedes atacarle de cerca, mátales descuidado con oculta saeta».

«La posición de los cristianos—escribe Rohrbacher—en el imperio, era muy distinta de la que tuvieron en los tres primeros siglos. Se concibe que individuos aislados, como eran con respeto a la sociedad los cristianos de los primeros siglos, prefirieran dejarse degollar más bien que poner en peligro el Estado con una resistencia inútil; pero ¿se dirá que una mayoría numérica, cuya religión in-

⁷ SIEVERS. Liban, p. 104.

⁸ JULIANO. Epist. 43.

⁹ JULIANO, Epist. 53.

¹⁰ JULIANO. Epist. 7.

¹¹ OVIDIO, Metam. XII-595.

forma ya las leyes y las costumbres, tiene obligación de dejarse degollar por una minoría, sin que le sea permitido rechazar la fuerza con la fuerza? Por lo cual Juliano necesariamente debía preferir a la violencia manifiesta la astucia y el engaño»¹².

«...*quid spicula perdis.*

Sanguine plebis? »—ait—« *siqua est tibi cura tuorum, Vertere in Aeaciden, caesosque ulciscere fratres!* »

Dixit, et ostendens sternentem Troica ferro

Corpore Peliden, arcus obvertit in illum,

*Certaque letifera direxit spicula dextra*¹³.

«¿Por qué pierdes tus flechas en disparar contra la plebe?— como lo hacían los antiguos emperadores con las sangrientas persecuciones.—Si de veras te interesas por la suerte de los tuyos, por la causa del paganismo, vuélvete contra Aquiles—, contra las columnas de la Iglesia—, y venga en ellos a los hermanos muertos».

Dijo y apuntando al Pelida cuando tendía por tierra cuerpos de Troyanos, dirigió contra él el arco y con mano certera le disparó mortífera saeta.

4. El alcance taimado de su ley.

«No hay nada más célebre en toda la persecución de Juliano, escribe Tillemont, que la prohibición que hizo a los cristianos por una ley expresa, desde el comienzo de su reinado, de aprender las letras humanas y de estudiar los autores paganos, no queriendo que se recibiesen en los colegios más que los que adorasen a los ídolos. Esta ley siguió—al parecer—a la que dió para prohibir a los cristianos enseñar»¹⁴.

El 17 de junio del 362 daba una ley al parecer inocente. «Importa, dice, que los que se dedican a la enseñanza se distingan por las costumbres lo primero, y después por la elocuencia. Pero, como no puedo estar presente a la vez en todas las ciudades, ordeno que

¹² Historia Universal de la Iglesia Católica, traducida por Manuel González Peña, Madrid. 1903-Tomo V, p. 20.

¹³ OVIDIO, *Metam.* XII, 595-600.

¹⁴ TILLEMONT, *Memoires*, t. VII, p. 344.

quien quiera enseñar, no se lance de repente y sin garantías a este empleo, sino después de haber sido juzgado digno por el orden de los curiales, y de que lo obtenga en virtud de su decreto y del consentimiento unánime de los entendidos. El tal decreto me deberá ser transmitido para ser examinado, a fin de que, revestido de mayor honor, dirijan, en virtud de nuestro juicio, los estudios de la ciudad»¹⁵.

La redacción parece inocua, pero el alcance es viperino. Hasta entonces todas las ciudades eran dueñas de proveer las cátedras fundadas por ellas, y tal vez las retribuidas por el Estado. Podían llamar para ocuparlas a compatriotas y aun forasteros que tuviesen por dignos y les pareciesen más capaces de enseñar con provecho y brillantez.

Así, San Basilio, a su vuelta de Atenas, fué escogido por sus compatriotas para una cátedra de retórica. Sólo que, celosos los habitantes de Neocesarea y deseosos de llevarle de Capadocia al Ponto, le mandaron una comisión compuesta por los principales de la ciudad para ofrecerle—con el fin de que se quedase—otra cátedra que no aceptó¹⁶.

¿Eran muchas las cátedras alcanzadas por este decreto?

La educación romana, tal como los siglos—más que las leyes—la habían ido organizando, comprendía en Roma, como entre nosotros, tres grados: la primaria, media y superior. O sea, las primeras letras, las humanidades y la retórica. Así las clasifica ya Apuleyo en las *Floridas*: «En el festín de las Musas, dice, la primera copa la sirve el *litterator* (el que nos enseña a leer), quien comienza a pulir la rudeza de nuestro espíritu: la segunda el gramático, que nos orna con conocimientos variados; y la última el retórico que nos pone en la mano el arma de la elocuencia»¹⁷.

Escuelas de primeras letras —donde según S. Agustín se aprendía a leer, escribir y contar»¹⁸— estaban muy generalizadas en Roma y en todo el Imperio, hasta en los pueblos más pequeños. A San

¹⁵ Código Teodosiano. XIII, III, 5.

¹⁶ Cfr. Ib. p. 354.

¹⁷ APULEYO, *Floridas*, 20.

¹⁸ Confes. I, 13.

Agustín le aturdían los oídos con el consabido estribillo —*odiosa cantio*— «Uno y uno es dos, dos y dos son cuatro»¹⁹. Lo mismo que a Marcial, que le ponían nervioso: «Es imposible vivir aquí, decía de Roma: por la mañana está uno aturdido por los maestros de escuela, por la noche por los panaderos»²⁰.

Los maestros de escuela no gozaban entre los romanos de mucha estima. No se les permitía tomar el nombre de profesores, y el código recuerda en muchas ocasiones que no tienen derecho a los mismos privilegios que los retóricos y gramáticos.²¹

Suetonio habla de veinte centros en sola Roma donde la juventud estudiaba humanidades y retórica²². Todos estos centros en tiempos de Augusto y de Tiberio estaban organizados por particulares y sostenidos por los alumnos. Muchos profesores de familias particulares —Cátulo había tenido uno a quien pagaba 40.000 pesetas anuales— veían que los padres de familia encontraban su pensión demasiado subida, y que en cambio podían todavía ganar más reuniendo muchos discípulos juntos. Así empezó la enseñanza libre. El éxito de su empresa era muy variable: mientras Remunio Palemón ganaba más de 50.000 pesetas, Orbilio el maestro de Horacio se moría de hambre en una bohardilla, y no se consolaba de su miseria más que escribiendo un libro injurioso contra los padres de familia, que se habían mostrado tan poco generosos para con él.²³

«Estas probabilidades inciertas desanimaban a los hombres de talento, y es natural que prefirieran en lo sucesivo las posiciones menos brillantes, pero más seguras, que les ofrecían las escuelas de las ciudades y del estado».²⁴

El Estado declara a los profesores inmunes de toda contribución y carga pública, y con Vespasiano empieza a pagar a los profesores. El primero que recibe esta distinción es un español, el célebre Quintiliano, que regenta por veinte años la cátedra «imperial» de Roma, teniendo entre sus discípulos a Plinio el Menor y a Tácito probable-

¹⁹ Confesiones, I, 13.

²⁰ MARCIAL: XII, 57, 5.

²¹ DIGESTO, 4, 5.

²² De Grammaticis, 3.

²³ SUETONIC, De Grammaticis, 9 y 23.

²⁴ BOISSIER. El Fin del Paganismo I, p. 168.

mente. «Vespasiano, dice Suetonio, asignó el primero a los retóricos —del dinero del Estado— una pensión anual de 20.000 ptas». ²⁵.

Adriano, Antonio y Marco Aurelio fundaron también cátedras de retórica y de filosofía en las provincias. En Atenas instituyó el último cuatro cátedras para explicar las doctrinas de Platón, Aristóteles, Epicuro y Zenón, con una subvención de 15.000 ptas. anuales. Las provincias no llegaban a la capital. Alejandro Severo fundó becas para niños pobres. ²⁶.

A ejemplo de los emperadores, las ciudades fundaron y dotaron cátedras de todas clases: gramática, derecho, medicina. «Así, escribe Boissier, en algunas ciudades importantes, había cátedras, en número considerable, fundadas y dotadas por el estado; en todas las demás, es decir, casi en el imperio entero, escuelas mantenidas a costa de las municipalidades: tal era el régimen bajo el cual ha vivido la enseñanza pública hasta el siglo V». ²⁷.

Entonces se formaron —independientes del estado, aunque fomentadas por él— esas agrupaciones de profesores de todas clases que en muchas ciudades constituían el equivalente de una o varias de nuestras facultades, y en otras se asemejaban ya a las grandes Universidades de nuestro tiempo, o mejor todavía, a las de la Edad Media. Los detalles de Libanio y San Gregorio Nacianceno sobre la Atenas del siglo IV hacen pensar en la Sorbona de París. Si no tenemos tantos datos sobre las otras Universidades del Imperio Romano, —Antioquía y Cesarea de Capadocia, Constantinopla, la misma Roma, Burdeos, Autún, Tréveris, Cartago o Sagaste—, tenemos sin embargo los bastantes para ver que se parecían al cuadro anterior. Algunos tenían su especialidad: Atenas la filosofía, Alejandría las ciencias, Beyruht el derecho, Burdeos y Autún la retórica. El rector de esta última disfrutaba de un sueldo anual de 120.000 ptas. ²⁸.

Ya estamos en vísperas de la gran Universidad fundada en Constantinopla por Teodosio II con treinta y un profesores: tres retóricos

²⁵ SUETONIO, Vespas. 18.

²⁶ LAMPRIDIO: Severo, 44.

²⁷ BOISSIER, I, 172.

²⁸ JULIAN L' APOSTAT, V, 348.

y diez gramáticos latinos; cinco retóricos y diez gramáticos griegos; un filósofo y dos jurisconsultos. ²⁹.

5. Ocasión y texto de su decreto.

Por la primera parte de la ley Juliano parece confirmar lo precedente dejando la elección de los profesores a las autoridades locales. Pero en la segunda parte reduce este derecho de nombramiento directo a un simple derecho de presentación. El decreto de las autoridades locales se le deberá someter a él, y no tendrá valor sino después de haber recibido su aprobación. El tal decreto podrá por lo tanto ser invalidado por el emperador, si no le agradan los candidatos elegidos. Y no le agradarán sino los que profesan su misma religión.

Sin embargo con esta ley no lograba dar a los paganos el monopolio de la enseñanza. Porque sólo alcanzaba a los nuevos profesores, y estos oficiales. Los antiguos o libres quedaban como ántes. Había que dar para ésto otro paso más atrevido, y Juliano lo dió con el edicto que lleva el número 42 en la colección de sus cartas.

La ocasión nos la cuenta Sócrates, historiador cristiano del siglo V, con estas palabras:

«En aquel entonces fué conducido a presencia del Emperador, Maris, Obispo de Calcedonia, ciudad de Bitinia ³⁰. Era de edad muy avanzada y tenía ya perdida la vista, y encarándose con el Emperador le llamó impío y apóstata y hombre sin religión. Entonces el Emperador, devolviéndole insultos por insultos, le llamó ciego. «Y no será tu Dios Galileo —añadió— quien te sanará.» Porque Juliano solía llamar Galileo a Cristo, y a los cristianos galileos. Pero Maris, respondiendo con más entereza al Emperador, le dijo: «Doy gracias a Dios de que me haya quitado la vista por no ver tu cara, ya que has caído en tanta impiedad».

²⁹ BOISSIER, I, 176.

³⁰ MARIS era obispo arriano, enemigo de S. Atanasio. JULIANO perseguía por igual a todos los cristianos, aunque su saña principal era contra los católicos. Cfr. Razón y Fe, La libertad de enseñanza ante los edictos escolares de JULIANO, por el P. Florentino Ogara. S. J; julio-agosto 1942, t. 126, p. 75.

A ésto no respondió por entonces nada el Emperador. Pero más tarde se vengó de él seriamente. Porque viendo que los que en el reinado de Diocleciano habían padecido el martirio eran venerados por los cristianos, y observando que muchos corrían animosos al martirio, como si quisiese vengarse por esto mismo de los cristianos, tomó otro camino. Evitó aquella excesiva crueldad que estuvo en boga en tiempos de Diocleciano, pero no por eso dejó de perseguir. Porque llamo perseguir, cuando a unos hombres que viven tranquilos y pacíficos, se les molesta de cualquier manera. Y Juliano los molestó de esta manera: dió una ley prohibiendo que los cristianos se formasen en los estudios humanísticos: Νόμῳ ἐκέλευσε χριστιανούς παιδείσεως μὴ μετέχειν.

No fuese que si aguzaban, como él decía, la lengua, estuviesen más preparados para contestar a los ataques de los gentiles: "Ἴνα μὴ, ψησὶν, ἀκονώμενοι τὴν γλῶτταν ἐτοίμως πρὸς τοὺς διαλεκτικοὺς τῶν Ἑλλήνων ἀπαντῶσιν ³¹.

Oigamos el texto íntegro de este originalísimo decreto.

«La verdadera instrucción, a nuestro entender, no consiste en las palabras, ni en el lenguaje armonioso y magnífico, sino en la buena disposición de un espíritu sensato, que tiene creencias verdaderas sobre el bien y el mal, sobre lo honesto y lo que no lo es. Por eso el que enseña a sus discípulos lo que él cree falso, ni merece el nombre de sabio ni de hombre honrado. Aun el servirse en bagaletas del lenguaje que no está conforme con el pensamiento es faltar en cierto modo a la rectitud; mas el hablar de un modo y pensar de otro en las cosas más importantes de la vida, tener escuela de aquello que se cree malo, alabar los autores que más se condenan, ¿no es engañar a la juventud, no es un tráfico semejante al de aquellos comerciantes que sin honor y sin conciencia ponderan una mala mercancía para atraer a los compradores?

Es pues necesario que todos los profesores sean, en general, personas honradas, y que no tengan en su espíritu ideas contrarias al sentimiento público; sobre todo debe exigirse ésto a los encargados de la instrucción de la juventud y de explicarles los autores anti-

³¹ SÓCRATES, III, 12. En Migne, Patrología Griega, t. 47, c. 412.

guos, como los retóricos, gramáticos y más aún los sofistas. Porque a éstos últimos corresponde como por privilegio el instruir a sus alumnos, no solamente en la elocuencia sino también en lo referente a sus costumbres, y sobre todo a la filosofía política. Yo al presente no examino si ellos tienen lo que prometen, yo no puedo sino alabar sus buenas intenciones. Pero los alabaría mucho más si por una vergonzosa ambigüedad no se pusiesen en contradicción consigo mismos enseñando lo contrario de lo que sienten.

Pues ¿qué? ¿Acaso Homero, Hesíodo, Demóstenes, Herodoto, Tucídides, Isócrates, Lisias no reconocían a los dioses como autores de su saber? ¿No se creían consagrados los unos a Mercurio, los otros a las Musas? Me parece, pues, que es absurdo explicar sus libros y rechazar a un mismo tiempo los dioses que ellos adoraron.

Sin embargo no quiero obligar a nadie a cambiar de opinión. Yo los pongo en la alternativa, o de no explicar estos autores si se condena su doctrina, o si se quiere explicarlos hacer ver por su proceder que se aprueban sus opiniones y que se enseña a la juventud que Homero, Hesíodo y sus semejantes, a quienes se acusaba de error, de impiedad y de necedad, no son en modo alguno como se les ha creído. Los que de ellos tienen tan mal concepto, y no obstante viven de sus escritos, muestran que son esclavos de un sórdido interés, y que a cambio de algunas dracmas son capaces de todo crimen.

Convengo en que hasta el presente había ciertas razones que impedían el acudir a los templos, y que el terror tan extendido por todas partes disculpaba a todos aquellos que ocultaban la verdad en su corazón. Mas hoy que los dioses nos han devuelto la libertad, me parece un absurdo enseñar a los otros lo que uno mismo no cree. Si se considera como cierta la doctrina de los antiguos que uno explica, que se empiece por imitar su piedad para con los dioses. Y los que creéis que aquellos hombres han vivido en el error, id a exponer en las iglesias de los galileos a Mateo y Lucas. Fieles a los preceptos de vuestros maestros, enseñad que no es permitido hacer sacrificios a los dioses. Yo quiero, para servirme de vuestras palabras, *regenerar* vuestros oídos y vuestras lenguas, para que se posean de una doctrina considerada por vosotros hasta ahora como impura, a la cual quieran los dioses que yo esté siempre unido, y conmigo todos aquellos que piensan como yo.

Este mandato es una ley general para todos los profesores y maestros; porque para los jóvenes que concurren a las escuelas, yo no les prohibo que vayan. No es razonable cerrar el buen camino a los niños, inciertos aún del derrotero que deben seguir, ni obligarles por el terror a abrazar la religión de sus antepasados. No porque hubiere injusticia alguna en curarles a su pesar como frenéticos, sino porque yo les permito estar enfermos a todos los que lo quieran. Porque juzgo que es mejor curar a los insensatos que, no, castigarles»³².

6. El dilema doloroso.

El sofisma en que se basa este edicto —escribe Paul Allard— es demasiado claro. Puede un profesor comentar a Homero, admirarle y hacerle admirar de sus alumnos, sin creer en los dioses de Homero. Con mayor razón puede mostrar a los futuros oradores la dialéctica, la elegancia y nervio y sobrio patetismo de los discursos de Demóstenes, o con el estudio de Tucídides enseñar a los futuros historiadores el arte de la composición y de la narración, sin que haya necesidad, para hacerlo con fruto, de participar de las creencias de los contemporáneos de Demóstenes o de Tucídides. La argumentación de Juliano no necesita ser refutada: no se tiene en pie. El mismo, evidentemente, no la toma en serio, aunque la desarrolla con la «estéril abundancia» que le es habitual. Lo importante es la conclusión a que llega, que su compañero de campañas, el historiador Amiano Marcelino, pagano como él, resume así con precisión militar: «Prohibió la enseñanza de las humanidades y de la retórica a los profesores cristianos, a menos de que se convirtiesen al culto de los dioses»³³. No más profesores oficiales ni libres sin un certificado de paganismo³⁴.

La alternativa estaba bien clara. O abandonar las cátedras o hacerse paganos. ¿Qué harían los profesores cristianos? Porque ya en

³² Jul: Epist. XLIII. Incluido y traducido íntegro en R. F. ROHRBACHER. H. Universal de la Iglesia Católica traducida por D. Manuel González Peña, Madrid 1903, t. v, p. 32.

³³ MARCELINO AMIANO, XXV, 4.

³⁴ JULIANO L' APOSTAT, V, 359.

el siglo III escribía el retórico Arnobio convertido al cristianismo: «Hay entre nosotros muchos hombres de talento, oradores, gramáticos, profesores de elocuencia, jurisconsultos, médicos y profundos filósofos»³⁵. La Iglesia no sólo permitió a los profesores convertidos no abandonar sus cátedras, sino que los alentó a conservarlas. Pero cuanto más deseaban conservar los cristianos para sus retóricos o sus sofistas el derecho de leer y explicar a Homero o a Platón, más él trataba de privarles de ese derecho.

San Juan Crisóstomo nos dice que muchos «médicos, sofistas y oradores» prefirieron abandonar sus cátedras oficiales o libres antes que abandonar su religión³⁶.

Conocemos en concreto el caso de dos profesores de fama mundial, el uno de Atenas y el otro de Roma.

7. Proheresio y Victorino.

Proheresio desempeñaba una cátedra en Atenas. El emperador Constancio le había ya llamado a las Galias y a Roma, donde su saber había brillado tanto que le levantaron una estatua en el Foro con esta inscripción: «Roma, reina del mundo, al rey de la elocuencia»³⁷. Luego pasó a Atenas donde tuvo probablemente como discípulo a Juliano, lo mismo que a S. Gregorio y S. Basilio. Es lo cierto que Juliano le apreciaba mucho. En una carta del 361 le llama «el hombre de los discursos abundantes y rápidos, como el río cuya corriente se expande por las campiñas», le apellida «rival de Pericles en la elocuencia», y le invita a ser su historiador. Al año siguiente de el edicto, y avergonzado de retirar de la enseñanza a un profesor de tantos méritos y tanta fama, le ofrece dispensarle de la ley y dejarle en su cátedra sin más condiciones. Pero S. Jerónimo dice que Proheresio no quiso aceptar tan odioso privilegio y prefirió unir su suerte a la de los demás profesores cristianos³⁸.

³⁵ ARNOBIO, *Adv. nat.* II, 5.

³⁶ *In Juventinum et Maximum*, 1.

³⁷ Eunapo, *Vitae soph. Prohueres.* p. 492.

³⁸ CHRON. ad Ann. 364.

Lo mismo hacía Victorino en Roma. S. Agustín en sus *Confesiones*, nos ha conservado la fisonomía de este gran retórico Africano que tanta influencia tuvo en su conversión: «Fuí a buscar a Simpliciano, que había sido padre espiritual de Ambrosio. Le hice relación de mis extravíos y de los anhelos y angustias de mi alma, contándole los rodeos y errados caminos por donde había andado; le indiqué también que había leído algunos libros de filósofos platónicos, traducidos al latín por Victorino, que pocos años ántes había sido profesor de retórica en la ciudad de Roma, y que, según había oído, murió cristiano. Al oír este último dato se alegró mucho y me dió el parabién. Después para exhortarme al amor y deseo de la humildad de Cristo, me propuso el ejemplo de Victorino, a quien él había tratado muy familiarmente cuando estuvo en Roma; y me refirió de él lo que no pasaré en silencio, porque contiene grandes motivos para alabar y ensalzar vuestra divina gracia, como es justo y debido ejecutarlo.

Contóme pues cómo aquel doctísimo anciano y en todas las ciencias sapientísimo, que había sido maestro de tantos y tan nobles senadores, que por la excelencia de su sabiduría y doctrina mereció y obtuvo que le erigiesen una estatua en la plaza pública de Roma— que era la más alta recompensa que se concedía—: éste tan preclaro varón, que hasta aquella edad tan avanzada había adorado y venerado los ídolos,— que por espacio de tantos años había defendido con su famosa elocuencia estas abominables divinidades, a las que Roma ofrecía sacrificios después de haberlos subyugado a su imperio; siendo ya anciano, no se avergonzó de humillarse como un niño, para ser marcado por siervo de vuestro Hijo Jesucristo, y renacer como nuevo infante del bautismo, doblando su cuello al yugo de la verdad evangélica, sujetándose a llevar en su frente la señal de la cruz, *tenida antes por oprobio...*

Leía él, según me contó Simpliciano, la Sagrada Escritura, y buscaba con grandísimo cuidado todas las obras que trataban de la religión cristiana, y se esforzaba por penetrar su significado. Y un buen día, no públicamente sino en secreto y en confianza de amigos, decía a Simpliciano: *Sábeta que yo ya soy cristiano*. A lo que Simpliciano respondía: *Yo no lo creeré ni te contaré entre los cristianos, hasta que no te vea en la Iglesia de Cristo*. Pero él, como burlándose decía: *Pues, ¿qué? ¿Son las paredes las que hacen cris-*

tianos a los hombres? Y ésto lo repetía muchas veces diciendo que él era cristiano; y otras tantas le respondía Simpliciano lo mismo que ántes: pero él volvía a burlarse con decir que eso no lo hacen las paredes.

Temía Victorino disgustar a sus amigos—fanáticos idólatras—que eran muy poderosos por hallarse constituídos en la cumbre de las mayores dignidades civiles y religiosas...

Pero después que con el estudio continuado y fervorosa oración adquirió más fortaleza y convencimiento de la fe, temía no se verificase en él el dicho del Salvador de que *no le había de reconocer por suyo* en presencia de los ángeles, si él temía confesar a Cristo delante de los hombres. Un día pues, despreciando el respeto humano, repentinamente se resolvió, y sin más pensar en ello, dijo a Simpliciano—según éste mismo contaba—: *Ea, vamos a la iglesia, que quiero hacerme cristiano.*

Entonces Simpliciano, no cabiendo en sí de alegría, se fué con él a la iglesia. Luego que se le catequizó y recibió toda la instrucción necesaria en los principales misterios de nuestra fe, de allí a poco dió su nombre para que se le recibiese en el catálogo de los que pedían ser regenerados por el Santo Bautismo, maravillándose Roma y alegrándose la Iglesia—*mirante Roma, gaudente Ecclesia...*

Finalmente llegó la hora de hacer la profesión de fe —que en Roma es costumbre hacerla en presencia de todos los fieles, con ciertas determinadas palabras, aprendidas de memoria y pronunciadas desde lugar eminente por los mismos que han de recibir el bautismo— y los sacerdotes propusieron a Victorino, según contaba Simpliciano, que hiciese la profesión de fe secretamente, como solía concederse a algunos de quienes se juzgaba que habían de tener vergüenza de hacerlo en público; pero él prefirió hacer la profesión de la fe y de la doctrina de su salud públicamente y a presencia de aquella multitud de fieles, pues públicamente había enseñado la retórica...

Así que, luego que subió al sitio determinado para hacer la profesión de fe, todos los que allí estaban, según que cada uno le iba conociendo, —y ¿quién había allí que no le conociese?— mutuamente unos a otros se le iban nombrando con ruidosa aclamación de enhorabuenas, que terminó con un murmullo general que alegre y festivamente repetía: *¡Victorino!* Tal fué la aclamación que espon-

táneamente excitó a todos la alegría de verle y que repentinamente cesó por el deseo de oírle. Pronunció él con noble y admirable firmeza su protesta de verdadera fe, y todos querían arrebatarse y meterlo dentro de sus corazones: y efectivamente lo conseguían con el amor y el gozo que mostraban.

Luego que vuestro siervo Simpliciano me hizo esta relación de Victorino, me encendí, Dios mío, en deseos de seguir su ejemplo; tal en verdad era el fin que se había propuesto al referirme aquella historia. Y así cuando, prosiguiendo en su narración, expuso cómo en tiempo del emperador Juliano se promulgó aquella ley rigurosa contra los cristianos, en la cual se les prohibía que enseñasen letras humanas y retórica, y que Victorino —conformándose con dicha ley— quiso más abandonar la cátedra en que enseñaba la elocuencia que dejar vuestra divina palabra...»³⁹.

8. También hubo desertores.

Desgraciadamente no todos eran Victorinos ni Preheresios. Algunos eran Ecébolos, el voluble profesor de Retórica del mismo Juliano, quien en tiempo de Constancio se ganó la voluntad del emperador gritando contra los paganos, y cuando vino Juliano, aun antes de que diese la ley, declamaba contra los cristianos. Para cambiar otra vez a su muerte, y gritar arrodillado a las puertas de las iglesias: «Holladme con vuestros pies, como a la sal insípida».

San Jerónimo habla de apostasías que fueron consecuencia de esa persecución insinuante, que atraía, más que inducía, a sacrificar: «*blanda persecutio, inliciens magis quam impellens ad sacrificandum*»⁴⁰. Los funcionarios que hacen profesión de seguir en todo las preferencias del señor, los aduladores que habían seguido dócilmente a Constantino cuando abandonó el paganismo, se volvieron a los antiguos dioses con la misma unanimidad.

Algunos años más tarde un obispo en un sermón contra la ambición y la avaricia, recuerda que estos vicios han hecho siempre a

³⁹ Las Confesiones de S. Agustín. Nueva traducción por el P. F. Mier O. S. A. Madrid, Apostolado de la Prensa, p. 368-379.

⁴⁰ *Chronica, Ad Annum*. 2378-364.

los apóstatas, que han sido causa de que muchos hayan cambiado de religión como de traje, y da como ejemplo los hechos de que acabamos de ser testigos. «Cuando un emperador, dice, dejando la máscara de que se había cubierto, sacrificó descaradamente a los dioses e indujo a los demás a hacerlo por el aliciente de las recompensas, cuántos no abandonaron la iglesia para ir a los templos, cuántos no fueron seducidos por las ventajas que se les ofrecía y mordieron el anzuelo del impío». Con esto coincide también el pagano Temistiu: «Miserables juguetes de los caprichos de nuestros señores, es su púrpura, no es, no, Dios, lo que adoramos, y aceptamos un culto nuevo con cada nuevo reinado».

Hubo, pues, al principio un gran número de tráfugas, pero es probable que no fuesen aquellos a los cuales estimaba más el emperador. Las personas honradas permanecían firmes, y fueron solamente los renegados y los sospechosos los que se pasaron ⁴¹.

9. Un nuevo decreto más. Su doble reacción.

La educación de los cristianos había recibido un duro golpe, pero todavía quedaba una sombra de libertad. A los estudiantes cristianos no se les forzaba a ir a las escuelas paganas si no querían, pero si querían tampoco se las cerraban. Pero esta sombra de libertad desapareció también muy pronto. Juliano, —como dice S. Agustín con todos los autores contemporáneos— «prohibió a los cristianos enseñar y aprender las letras humanas —*Christianos liberales litteras docere ac discere vetuit*» ⁴².

¿Razón? «Nuestra lengua es para nosotros, dice el Emperador, y a nosotros nos corresponde el hablar griego— τὸ ἑλληνίζειν— como nos pertenece el culto de los dioses; a vosotros os toca el quedar en vuestro estado estúpido y místico, vosotros, para quienes toda la sabiduría se encierra en esta sola palabra: *Creo*» ⁴³.

Sócrates lo dijo más claro: «Juliano prohibió a los cristianos con una ley frecuentar los centros de enseñanza, por temor, tal era su ex-

⁴¹ BOISSIER, I, 138.

⁴² De Civit. Dei, XVIII, 52.

⁴³ S. Gregorio Nacianceno, Orat. IV, 102.

presión, de que si aguzaban sus lenguas, no respondiesen más fácilmente a la dialéctica de los paganos»⁴⁴.

¿Qué impresión causó este decreto en los cristianos y en los paganos? Los paganos de corta vista lo debieron recibir con entusiasmo a juzgar por las palabras con que impugnaba S. Ambrosio veinte años después las pretensiones paganizadoras del Senado Romano: «Solicitan privilegios, ellos que no hace mucho, por una ley de Juliano, quitaron a los cristianos el derecho, común a todos, de hablar en público y de enseñar».

Pero entre los paganos verdaderamente inteligentes y políticos hubo quienes se extrañaron de que se les diese un monopolio que no habían pedido. Uno de ellos, Amiano Marcelino, historiador y admirador de Juliano, no ocultó sus sentimientos sobre el golpe asestado por éste a la libertad de enseñanza: «Fué un acto bárbaro, digno de quedar sepultado en eterno silencio, el haber prohibido a los profesores cristianos—retóricos y gramáticos—el ejercicio de la enseñanza. *Illud autem erat inclemens, obruendum aeterno silentio, quod arcebat docere magistros rhetoricos et grammaticos, ritus christiani cultores*»⁴⁵.

Entre los cristianos hubo también dos clases. Los cándidos, que en su odio a la idolatría se alegraban de que Juliano dificultase a los fieles el estudio de los clásicos paganos, y los perspicaces, que veían que Juliano iba nada menos que a cerrar la escuela donde se habían formado los grandes Santos Padres...

«Malsana y llena de peligros es la cultura griega, fundada sobre la pluralidad de dioses», decían los primeros. Y añadían que Juliano al cegar ese manantial emponzoñado, había hecho a la Iglesia el mayor beneficio que podía esperarse de él. Algunos literatos cristianos aceptaron con demasiada facilidad esta situación. En una frase de su edicto, Juliano, al hablar de los profesores que persistiesen en seguir fieles a Cristo, los había enviado desdeñosamente «a las iglesias de los Galileos a interpretar Mateo y Lucas». Estos timoratos hubieran sido de su mismo parecer.

Hubo quienes se figuraron que se podía pedir a la Sagrada Es-

⁴⁴ SÓCRATES, III, 22.

⁴⁵ AMIANO MARCELINO. XXII, 10

critura materia para una enseñanza no de Iglesia sino de escuela, sacar de ella una literatura para uso de los cristianos, poner los salmos en odas pindáricas, los libros de Moisés en hexámetros, el Evangelio en diálogos a la manera de Platón, aun componer en el estilo de Eurípides y de Menandro tragedias y comedias piadosas, improvisar, en una palabra, toda una biblioteca de clásicos cristianos para reemplazar a los que Juliano había quitado a los fieles.

Esto no quedó en mero plan, sino que lo realizaron los dos Apolinales, padre e hijo. El padre había sido sofista de Beyruth, y era entonces sacerdote de Laodicea; el hijo, lector de la Iglesia de esta ciudad, de la que luego fué obispo.

Sobre este punto—que se adelanta a la cuestión de los antiguos y los modernos del siglo XVIII, y más todavía a la de los clásicos cristianos suscitada en el siglo XIX—escribió el historiador Sócrates unas páginas notabilísimas, que vamos a transcribir íntegras por entrar de lleno en nuestro tema.

10. Cómo enjuició este momento el historiador Sócrates.

«De cómo los Apolinales se pusieron a componer obras clásicas, cuando el Emperador prohibió a los cristianos estudiar los clásicos griegos.»

La ley aquella del Emperador Juliano que prohibía a los Cristianos estudiar los clásicos griegos, hizo mucho más famosos de lo que ántes eran a los dos Apolinales de que hemos hablado. Como eran los dos grandes humanistas, el padre en las humanidades propiamente dichas y el hijo en la retórica, fueron los dos de grande utilidad a los Cristianos en aquellas circunstancias. El padre, como humanista, compuso unas humanidades cristianas: escribió en verso homérico los libros de Moisés; con otros libros históricos del Antiguo Testamento compuso poemas heroicos y tragedias con verdaderos personajes. En una palabra escribió intencionadamente en toda clase de metros, para que no hubiese forma poética en la literatura griega que no conociesen los cristianos.

Por su parte Apolinar el Joven, aprovechando su mucha elocuencia, puso en forma de diálogos los Evangelios y los escritos de los Apóstoles, siguiendo el ejemplo de Platón entre los griegos. Po-

niendo de esta manera sus habilidades al servicio de la causa católica vencieron con su trabajo la astucia del Emperador.

Pero mucho mejor venció la Divina Providencia, tanto los planes del Emperador como la habilidad de los Apolinarieos. Porque aquella ley murió tan pronto como murió el Emperador, como se verá en el curso de la Historia: y las obras de los Apolinarieos no figuran ya más, como si nunca se hubiesen escrito.

Pero alguno aquí me preguntará extrañado —¿Por qué dices que ésto ha sido una providencia? La muerte pronta del Emperador bien se ve que haya sido un bien para el cristianismo. Pero que se hayan dejado de las manos las obras cristianas de los Apolinarieos, y hayan vuelto los cristianos de nuevo a estudiar los clásicos griegos, —καὶ πάλιν τοὺς χριστιανοὺς τῶν Ἑλλενῶν μανθάνειν— eso no es ningún bien para el cristianismo —οὐδέτι τοῦτο λυσιτελεῖν τῷ χριστιανισμῷ.— Porque la cultura griega es sin duda peligrosa y nociva por tratar de los dioses.

A esta dificultad vamos a contestar con toda solicitud lo mejor que se nos ocurre.

La cultura de los gentiles ni Jesucristo ni sus apóstoles la recibieron como divinamente inspirada, ni tampoco la rechazaron absolutamente como nociva. Y ésto creo que lo hicieron reflejamente. Porque hubo muchos filósofos griegos que no estuvieron muy lejos del conocimiento de Dios. Estos, instruídos en el arte de la dialéctica, lucharon denodados contra los Epicúreos y otros inquietos sofistas que negaban la providencia divina, refutando sus errores, y por medio de estos libros fueron de no poca utilidad a los verdaderos amantes de la piedad. Aunque lo principal de la religión no lo lograron descubrir, por ignorar el misterio de Cristo, escondido a las generaciones y a los siglos.

Y que ésto sea así lo declara el Apóstol en la Epístola a los Romanos con estas palabras: «Se descubre también en él la ira de Dios que descargará del cielo sobre toda la impiedad e injusticia de aquellos hombres, que tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios: puesto que ellos han conocido claramente lo que se puede conocer de Dios. Porque Dios se lo ha manifestado. En efecto, las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas. Y así tales hombres

no tienen disculpa. Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios» ⁴⁶.

Por donde se ve que tuvieron ellos ciertamente el conocimiento de la verdad que Dios les había manifestado; pero tenían la responsabilidad de que habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios. Y como los apóstoles no prohibieron estudiar el arte de los gentiles, quisieron dejarlo al arbitrio de cada uno. Y ésta sea la primera contestación que damos a la dificultad propuesta.

La segunda es como sigue. Las Escrituras divinamente inspiradas proponen, sí, dogmas admirables y enteramente divinos; y ya inspiran en el ánimo de los oyentes una piedad eximia y una norma justa de vida, ya ofrecen a los hombres rectos una fe acepta a Dios. Pero el arte de la palabra no lo enseñan, el arte con que poder resistir a los que pretenden combatir la verdad.—Οὐ μὴν τέχνην διδάσκουσι λογικὴν, πρὸς τὸ δύνασθαι ἀπαντᾶν τοῖς βουλομένοις τῇ ἀλεθείᾳ προσπολεμεῖν.

Y no cabe duda que la mejor manera de derrotar al adversario es utilizar contra él sus propias armas.—Σφόδρα δὲ καταπολεμοῦνται οἱ πολέμιοι, ὅταν τοῖς αὐτῶν ὅπλοις χρώμεθα κατ'αὐτῶν.

Y ésto no lo podían obtener los cristianos con las obras compuestas por los Apolinarieos. Esto lo veía muy bien Juliano, y por ello dió una ley prohibiendo que los cristianos se educasen con los clásicos griegos.

Τοῦτο καὶ ὁ βασιλεὺς Ιουλιανὸς σκοπῆσας, νόμῳ τοῦς χριστιανοὺς ἀπέτρεπε τὰ Ἑλλήνων παιδεύεσθαι.

Porque sabía muy bien que los mitos pondrían sus opiniones en ridículo. Los mitos contra los que protestó Sócrates, el mejor filósofo que tuvieron, y por los que fué condenado como si hubiese querido profanar sus deidades.

Más. Lo mismo Cristo que su Apóstol nos mandan que seamos buenos negociantes, examinándolo todo y quedándonos con lo mejor. Y que cuidemos que nadie nos engañe con filosofías y vanas falacias. Mas ésto no lo conseguiremos si no nos apoderamos de las armas de nuestros adversarios, y con ellas, sin hacer nuestros sus sentimientos, dejamos lo malo y cogemos lo bueno y lo verda-

⁴⁶ Rom. 1, 18-21.

dero, examinando todo lo que llevamos. Porque el bien, donde quiera que se da, pertenece al reino de la verdad.

Y si a alguno le parece que lo dicho va un poco forzado y fuera del sentido de las Escrituras, considere ese tal que el Apóstol no sólo no prohíbe que estudiemos la literatura griega, sino que parece que él mismo estuvo muy lejos de descuidarla, pues se ve que conocía muchas cosas de los griegos. ¿De dónde, si no, le vino el decir: «Son los cretenses siempre mentirosos, malignas bestias, vientres perezosos»⁴⁷, sino de que había leído los oráculos del adivino Epiménides? ¿O cómo conocía aquello: «Somos del linaje del mismo Dios»⁴⁸, sino porque había aprendido los «Fenómenos» del astrónomo Arato? Y aquello otro de «Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres»⁴⁹, bastante indica que no desconocía las tragedias de Eurípides. Pero ¿qué necesidad hay de discutir más sobre ésto? Porque ya desde los primeros tiempos, como por cierta costumbre tradicional, vemos que los doctores de la Iglesia manejaban las obras de los griegos hasta su última vejez—καὶ ἀνέκαθεν ὡς ἐκ τίνος μὴ κεκωλυμένης συνηθείας, οἱ κατὰ τὰς Ἐκκλησίας διδάσκαλοι, δείκνυνται ἄχρι γήρων τὰ Ἑλλήνων ἀσκούμενοι.

Y ésto parte para enriquecer su elocuencia y ejercitar su ingenio—τοῦτο μὲν εὐγλωττίας χάριν καὶ γυμνασίας τοῦ νοῦ—parte para poder convencer a los griegos de sus errores.

Esto es lo que se nos alcanza decir a propósito de los Apolinarie»⁵⁰.

Así reaccionaron los cristianos contra el edicto de Juliano.

11. Dos comentarios modernos.

«Este edicto, escribe Boissier, que desagradó a los paganos moderados, excitó una cólera violenta entre los cristianos. Se irritaron mucho más con ésto que con otras medidas que hubieran debido serles, a mi parecer, más desagradables. No se trataba, después de

⁴⁷ *Tito*, 1, 12.

⁴⁸ *Act.* 17, 28.

⁴⁹ *1 Cor.* 15, 33.

⁵⁰ MIGNE, P. G. t. LXVII, p. 417-423. SÓCRATES, III, 16.

todo, más que de esas escuelas donde sabían que el paganismo imperaba como señor y dueño, y se siente alguna sorpresa al encontrarlos tan adictos a una enseñanza hostil a sus creencias. Hemos visto en nuestros días a doctores rigurosos asustar a las almas timoratas con el peligro que presenta la lectura de los autores paganos para los jóvenes, y exigir que fuesen desterrados de nuestros colegios. El edicto de Juliano les daría satisfacción, y es probable que lejos de quejarse de él hubieran quedado muy satisfechos de que se forzase a los maestros cristianos a renunciar a las obras maestras antiguas y a interpretar a Mateo y a Lucas».

Pero se pensaba de otra manera en el siglo iv. Aunque el cristianismo estaba en el apogeo de su juventud, la Iglesia no tenía estos escrúpulos exagerados. Tanto como la sociedad pagana, era adicta a la educación, y no creía que se pudiera educar a nadie, enseñarle a pensar y hablar, sin hacerle leer estos grandes escritores, que eran los maestros de la palabra y del pensamiento. No se renunciaba a estudiarlos y a admirarlos al hacerse cristiano. Eran el bien común de toda la raza griega, y cuando Juliano quería hacer de ellos el monopolio de un solo culto, San Gregorio respondía altivamente a esta insolente pretensión: «¿Es que no hay otro heleno que tú?»⁵¹.

Interesante es también el comentario de otro autor moderno sobre esta cuestión.

«Nada nos ha quedado —escribe Paul Allar— de las obras de los Apolinales. Pero el testimonio de Sócrates y de Sozomeno, aunque no fuese de primera mano, hace difícil el dudar de su existencia. El juicio de los dos historiadores sobre el mérito literario de estos escritores es bastante contradictorio. Sozomeno dice que por esas obras los Apolinales se han hecho iguales a los más famosos de entre los griegos. Sócrates dice al contrario que el mérito de sus obras se borró tan pronto como los cristianos, después de la caída de Juliano, pudieron renovar el estudio de los clásicos paganos. Esto supone que estos escritos, aun dado que estuviesen en boga por algún tiempo, eran de poco valor. «El tiempo no perdona lo que se ha hecho sin él». Las composiciones literarias de los dos escritores de Laodicea presentaban verosímilmente los defectos de la

⁵¹ BOISSIER, *El fin del Paganismo*, I, 133-4.

improvisación, unidos a los de la imitación. Sozomeno que los admiraba, dice que se compusieron muy rápidamente —ἐν ὀλίγῳ χρόνῳ. Sabido es que Juliano murió el 363, un año después de dar la ley. Y parece que las principales cualidades literarias de los Apolinarieos son las que S. Basilio reconoce en uno de ellos, una extremada facilidad.

Cierto, la idea de que la poesía no estaría eternamente obligada a correr en el molde del pensamiento antiguo, y sin abandonar las formas, medidas y ritmos tradicionales, encontraría un día una fuente de pura inspiración en las grandiosas descripciones del Antiguo Testamento o en los impresionantes episodios del Nuevo, no dejaba de tener su fundamento, y en cierta manera se adelantaba al porvenir. Pero no se podía, sin ilusión, abrigar la esperanza de poder sustituir por encargo, con frías imitaciones y rápidos bosquejos, las obras inmortales, fruto de los más grandes genios, donde hacía varios siglos que todas las generaciones de literatos habían aprendido el arte de pensar con claridad y de hablar con perfección.

Hacía falta—para creerse capaz de escribir sin más un sustitutivo—o mucha candidez o mucha presunción. *No se crean modelos con solo quererlo. No se nace antiguo. No se improvisa lo clásico.* Aun reconociendo con el historiador Sócrates, que las imitaciones de todos los géneros literarios y de todas las formas poéticas compuestas por los Apolinarieos, pudiesen ser durante algunos meses de útil ayuda a los profesores cristianos, privados del derecho de comentar a sus discípulos Homero y Hesíodo, sin embargo, *no puede uno menos de alegrarse, con el mismo historiador, del poco tiempo que duró este régimen de interinidad,* y de la rapidez con que los acontecimientos permitieron a las jóvenes generaciones cristianas volver al antiguo género de estudios.

Sócrates muestra verdaderamente sentido histórico de la realidad en la manera cómo responde a los espíritus descontentadizos que lamentaban que las obras de los Apolinarieos no hubiesen sustituido definitivamente, en la educación de los jóvenes cristianos, a los poetas y prosistas antiguos que Juliano había querido desterrar de sus escuelas. Semejante pensamiento, *de haber prevalecido, no hubiera logrado más que hacerle el juego a Juliano,* que nada llevaba tan en el corazón como ver a los fieles apartarse de las fuentes

acreditadas en que los mejores apologistas de la religión habían formado su estilo y templado su dialéctica.

12. El sentir de los Santos Padres. La homilía de San Basilio.

Que la solución dada por Sócrates refleje el sentir de la mayoría de los cristianos, lo prueba—además de la práctica de la Iglesia que volvió enseguida, en cuanto pudo, a la educación clásica—, los escritos de los grandes condiscípulos de Juliano, San Basilio y San Gregorio.

El primero escribió una homilía a los jóvenes expresamente sobre este tema: «Sobre el modo de estudiar con provecho la literatura pagana». De ella son las siguientes ideas:

«Mientras por la edad no es dado penetrar en la profundidad de las Sagradas Escrituras, podemos ejercitar la vista del alma, como en unos espejos y sombras, en otros escritos que no les son del todo ajenos; imitando a los que se ejercitan en la disciplina militar, los cuales aprovechan en los certámenes de la milicia la destreza que cuando niños adquirieron en la gimnasia y la danza...»

«Después de habernos habituado a mirar, por decirlo así, el reflejo del sol en el agua, podremos enclavar los ojos en el mismo sol...»

«Bien así como la virtud propia del árbol consiste en cargarse de frutos a su tiempo, mas también le prestan adorno las hojas con su gracioso menearse en las ramas, así también, en el alma, su fruto principal es la virtud, mas no deja de darle cierta gracia el estar revestida de sabiduría profana, como de hojas que protegen los frutos y los hacen hermosos y vistosos. Y así dicen que aquel celeberrimo varón Moisés, cuyo renombre de sabio es tan ilustre entre todas las gentes, después de haber ejercitado su inteligencia en los conocimientos egipcios, pasó adelante a la contemplación del Ser Supremo. Semejantemente, pero en tiempos posteriores, aquel sabio Daniel, según cuentan, aprendió primero muy bien en Babilonia las ciencias de los Caldeos, para poder después aplicarse a las divinas Letras..»

«Queda pues suficientemente demostrado que no es inútil para el alma la noticia de las letras profanas: resta ahora por decir cómo

hemos de aplicarnos a ellas... Porque así como a las abejas les es dado sacar miel de las flores, donde para los que no son abejas hay tan sólo el deleite de mirar el color y aspirar la fragancia; así también aquí, a los que no van sólo tras la dulzura y gusto de semejantes libros, es posible hasta reportar de su lectura provecho para su alma. Y a la verdad nos hemos de haber para con tales libros siguiendo a la letra el ejemplo de las abejas, las cuales ni se posan indiferentemente sobre todas las flores, ni aun aquellas en las que detienen el vuelo intentan llevárselas enteras, sino que, tomando de ellas tanto cuanto les sirve para su obra, lo demás lo dejan en paz...».

«Y como al cortar las flores de un rosal apartamos las espinas, así, al coger de aquellos libros el fruto de lo útil, sabremos evitar lo dañoso...».

«Y como yo oí decir a uno que era muy hábil en interpretar el sentido de los poetas, toda la poesía de Homero es un encomio de la virtud, y todo en este poeta tiende a eso, fuera de algo dicho de paso —*πάσα μὲν ἡ ποίησις τῷ Ὁμήρῳ ἀρετῆς ἐστὶν ἔπαινοι καὶ παντα αὐτῷ πρὸς τοῦτο φέρει ὅ τι μὴ πάρεργον...*

«Todo esto de la virtud bien sé que también lo aprenderemos, y con más perfección, en nuestros libros cristianos, pero tracemos ahora un como bosquejo de la virtud conforme a los modelos de fuera —paganos—; que a los que van allegando de cada cosa con solicitud conocimientos útiles, es natural que les suceda lo que a los grandes ríos, es a saber, que les venga de todas partes acrecentamiento de caudal. Y aquello de «ir añadiendo un poco a otro poco», no es de creer que el poeta lo tuviese por bien dicho sólo del aumento del dinero, sino aún y mejor de cualquiera ciencia...».

San Basilio, al defender la educación clásica, se había colocado en el punto de vista moral. Un gran número de cristianos celosos querían entonces rechazar toda literatura profana. San Basilio, sin combatirlos de frente, quiere minar su influencia. Como esos enemigos de la antigüedad clásica se colocaban sobre todo en el punto de vista moral, él hace lo mismo. Y muestra cómo esa literatura profana que se desacredita está llena de ejemplos, de preceptos, de hechos históricos o de anécdotas que son propias para elevar el alma, para instruir la sobre lo que es bueno y bello, para librarla de

las servidumbres de su naturaleza, en una palabra, *para prepararla al Evangelio*⁵².

13. La protesta del Nacianceno.

San Gregorio Nacianceno, en sus Discursos contra Juliano, se fija más en el lado formativo.

Sabía él que «no eran pocos los cristianos que asqueaban de esa literatura como de traicionera y peligrosa y alejadera de Dios, *tristemente desorientados*».—“Ἦν οἱ πολλοὶ χριστιανῶν διαπτύουσιν, ὡς ἐπίβουλον καὶ σφαλερὰν καὶ Θεοῦ πόρρω βάλλουσαν, κακῶς εἰδότες.

Y sin embargo en sus discursos contra Juliano, pronunciados—o por lo menos escritos—el año de su muerte, seguro de interpretar la verdadera tradición y fiel sentir de la Iglesia, pocas cosas ataca tanto como su ley anticlásica.

«Lo que especialmente odiaba Juliano en los cristianos, dice en su primer discurso, era lo que él tenía por más propio suyo: la formación literaria. Sobre ésta había formado planes descabellados, él que a su juicio era el más fecundo de todos los hombres.

En primer lugar con una malicia e injusticia evidentes jugó con el nombre, como si la palabra *griego* no fuese aplicable a la lengua sino sólo a la religión: y por esta razón, como a ladrones de un bien ajeno, nos expulsó del cultivo de las letras. Como si quisiese impedirnos también usar las artes que inventaron los griegos, fundándose en la identidad de la palabra, para defender sus propios intereses. Creía él que no íbamos a caer nosotros en la cuenta de que lo hacía para privarnos de un bien insigne y primordial. La verdad es que temía la refutación de sus impías teorías.

Confesemos al Señor, mientras tengamos lengua. Ya que juntamente con todas las demás cosas hemos inmolado también las letras, como los cuerpos, de modo que cuando llegue la ocasión sepamos luchar también con ello por la defensa de la verdad. Por eso, quien dió esa ley, nos prohibió, sí, hablar ática y elegantemente, pero no nos impidió hablar la verdad. Mas con ello lo que logró fué hacer pública su necedad, y no escapar de la refutación de sus

⁵² Cfr. CROISSET, *Histoire de la Litterature Grecque*, V. p. 936.

mentiras: al revés, se expuso más a ellas enredándose imprudentemente. Porque un hombre que confía en la causa de su religión, o simplemente en su formación literaria, no se pone a amordazarnos la boca.

Eso es como si uno se tuviese por el mejor atleta y lo anduviese proclamando a voz de pregón, y luego mandase que no se presentase a luchar con él ningún valiente ni bajase a la arena ningún decidido, a menos de bajar manco. Las coronas se ganan luchando con los que salen a luchar, no con los que están sentados arriba: luchando con los que van con todas sus fuerzas íntegras, no con los que las tienen en gran parte quebrantadas.

Si lo que pasó es sencillamente que tuviste miedo de entrar en combate y entablar la lucha, en eso mismo te declaraste ya derrotado, y tengo derecho para atribuirme la palma, al ver que has luchado tanto por no tener que luchar. Esto es lo que hizo nuestro sabio emperador y legislador: quien amparado en su poder, mató—lo primero—tiránicamente las letras con aquel decreto inspirado en una necia brutalidad, por no sufrir las consecuencias de su tiranía.

Hoy, que otra vez se nos ha devuelto la libertad de cultivar las letras, es justo y digno que le demos a Dios las gracias por ello y le honremos con ofrendas, sin perdonar dinero, recursos o bienes que la misericordia de Dios conservó durante la tiranía. Pero sobre todo con las letras »⁵³.

Y al terminar el primer discurso añadía:

«Otra vez tengo que volver a hablar de la formación literaria, pues no me puedo resignar a no repetirlo varias veces, para favorecerla en la medida de lo posible. Porque muchas cosas y muy importantes había que debían excitar su odio, pero en nada parece que se mostró más injusto y criminal que en ésta. Yo desearía que conmigo se indignase todo el que siente gusto por la elocuencia y la formación literaria, y pertenece al grupo de esos hombres entre los cuales no niego que me encuentro yo. Porque todo lo demás se lo dejé a los que lo quieran: las riquezas, la nobleza, la gloria, el poder, todo lo que es de esta vida terrena y cuyo disfrute se parece al

⁵³ MIGNE, P. G., 535 y S.

sueño. Sólo me quedé con las letras: y no tengo por qué lamentar los trabajos de mar y tierra que pasé para aprenderlas.

¡Ojalá mis amigos y yo tuviésemos el secreto del arte literario! Ese arte que es el primero que seguí y que sigo todavía, después de lo que siempre es primero, es decir, después de las cosas divinas y del cielo que esperamos. Por eso si a cada uno le interesa lo suyo, como dice Píndaro, a mí me interesa hablar de estas cosas. Y sobre todo que parece lo más natural, que—tratando de hablar en defensa de la formación literaria—me muestre agradecido a esa formación.

¿Cómo te pudo venir a la cabeza la idea de quitar a los cristianos esa formación? Porque esto no fué una amenaza, fué una realidad sancionada por la ley. ¿Cómo y por qué causa? ¿Qué lógico Mercurio, como tú dirías, te lo puso en la cabeza? ¿Qué malos Telequines o qué demonios envidiosos? Si os gusta, diremos también la causa de ello. Hacía falta, por lo visto, que después de ver tantos crímenes, te dejases llevar también de éste, para ponerte en contradicción contigo mismo. Para que precisamente en aquello en que más creías poderte gloriarse, en eso fueses a dar mayores muestras de ineptitud, hasta incurrir en la nota de estupidez y brutalidad. Responde pues: ¿Qué pretendías con este decreto? ¿Qué te movió a introducir esas reformas en la educación? Si nos das alguna razón justa, lo sentiremos, pero no te criticaremos. Porque así como sabemos vencer con razones, así sabemos también ser vencidos con honra y con honor.

«Es que la literatura es nuestra, decía, y nuestro lo griego, de nosotros que veneramos sus dioses. Vuestra en cambio la ignorancia y la rudeza, ya que vuestra sabiduría toda se reduce a decir: *«Creo»*⁵⁴.

La contestación la da en sus dos discursos modelos de elocuencia. Por eso le dice triunfador al terminar el 2.º discurso: «Recibe este presente de amigo, para hablarte con tus mismas palabras, mi astuto Juliano. Esto te damos los que por esa tu importante y flamante ley nos hemos visto excluidos de la elocuencia y de las letras. ¿Ves ya cómo no habíamos de estar callados para siempre,

⁵⁴ MIGNE, P. G., 634-8.

cómo tus decretos no nos habían de privar de la literatura y de la elocuencia, sino que habíamos por fin de dejar oír nuestra voz para refutar tu insensatez? Porque como ni las cataratas del Nilo—que caen de Etiopía al Egipto—pueden de ninguna manera ser contenidas, ni los rayos del sol, aunque estén ocultados por las nubes, así tampoco es posible atar la lengua de los cristianos, para que no ataque y denuncie tus cosas.

Esto te ofrecen Basilio y Gregorio, enemigos de tu empresa y émulos de tu arte, como tú mismo opinabas y decías a otros, honrándonos con tus amenazas y excitándonos más a la piedad. Tú nos conocías ya desde Grecia, y sabías que nos distinguíamos por nuestra vida, nuestra elocuencia y nuestra mutua amistad, y por eso nos obsequias con el beneficio del ciclope, dejándonos los últimos para la persecución. Tal vez tenías pensado ofrendarnos a los demonios como el mejor presente al celebrar tu triunfo, cuando volvieses de Persia. Tal vez esperabas llevarnos contigo a tu infierno, porque capaz eras de pensar tamaña barbaridad»⁵⁵.

14. Última reflexión de Boissier.

Terminemos ya con unas reflexiones de Gastón Boissier sobre San Agustín.

«Estamos asombrados de que no se queje en ninguna parte en su obra pedagógica de *Doctrina Cristiana*, de la manera de educar a la juventud de su tiempo. No solamente encuentra natural el que se envíen a las escuelas a los jóvenes que deben permanecer en el mundo, sino que le parece útil que los que están destinados a las funciones eclesiásticas hayan pasado al menos por ellas. Admiten sin duda, que en rigor estos últimos pueden prescindir de ello, pero se ve que—puesto que es menester que sepan la gramática y la retórica,— halla natural que las hayan aprendido donde se enseñan. Sobre este fondo de conocimientos generales quiere construir una educación nueva, que se compondrá sobre todo de la meditación de los libros santos y del estudio de las cuestiones religiosas, y sabe

⁵⁵ In Julianum. II, MIGNE, P. G., c. 715.

que será tanto más fuerte, cuanto los primeros cimientos hayan sido más sólidos...»

Es que entonces nadie, ni San Agustín, ni Tertuliano, imaginaba que se pudiese prescindir de esta educación, que tantos siglos habían tenido y en que tantas generaciones habían bebido los primeros elementos de la ciencia de la vida...

«Acabamos de ver que hasta el último día la antigüedad pagana ha reinado en la escuela, y que la Iglesia, durante una dominación de dos siglos, no ha tenido el pensamiento o el poder de crear una educación cristiana»⁵⁸.

ENRIQUE BASABE, S. J.

⁵⁸ GASTÓN BOISSIER. *El Fin del Paganismo*. 11, 218, 219, 224.